

palabras con la experiencia, al igual que en otro tiempo se hizo con las visiones naturalistas.

Entender el presente de la antropología resulta más complejo que ayer, pues se debe asumir la posibilidad que el «objeto» nos observe y que nuestros escritos sean leídos sólo como narraciones posibles entre otras muchas. Si la autoría y

el «otro» se densifican, tenemos como contrapartida una mejor ubicación de la labor etnográfica: en adelante, sugiere Geertz, «su responsabilidad... o su validación, no debe situarse en otro extremo que el de los contadores de historias que las soñaron».

Enzo Carrera

## Ciencia y sociedad en España

J. M. Sánchez Ron (ed.).  
Madrid, Ediciones El Arquero/  
CSIC, 1988

Tiene la historia de la ciencia en España una larga tradición. Tanta como los debates sobre nuestros conflictos de identidad colectiva. Pero a diferencia del pasado, y beneficiados del desarrollo mundial de la disciplina, los investigadores actuales hacen una historia de más calidad, disponen de mayor número de documentos y de teorías y métodos más sofisticados. A pesar de esto, ¿tiene algo que decir la sociología a la historia? ¿es pertinente su intervención? Personalmente creo que sí, de la misma forma que la historia tiene cosas que decir a la sociología. Quizá el ejemplo más significativo de ese apoyo mutuo, por la altísima calidad de su producción, sea el Grupo de Sociología Histórica del Conocimiento Científico dirigido por el profesor Y. Elkana en la Universidad de Columbia.

La primera precisión sociológica corresponde al título del libro que aquí se revisa. Dado que apenas se ha trabajado la historia interna de la ciencia en España, la tendencia más generalizada consiste en asociar los avances o estancamientos de la producción científica con las facilidades o las dificultades que el contexto sociohistórico ha propiciado. Y aquí se presenta con frecuencia el primer problema teórico y metodológico: no se trata de analizar, como se hace en algunos capítulos de este texto, las relaciones ciencia/sociedad como si se tratara de dos estructuras autónomas, sino más de comprender cómo se ha desarrollado históricamente una ciencia en la sociedad y una sociedad en la ciencia.

A partir de esta precisión siguen surgiendo numerosos interrogantes que conviene tener en cuenta. ¿Hay sociedades que «necesariamente» tenían que producir ciencia, mientras que otras «necesariamente» estaban incapacitadas para ello? ¿Cuáles son los climas intelectuales, éticos y religiosos, políticos y económicos, de aquellas sociedades que han aportado avances significativos a la historia del conocimiento científico? ¿Es posible concluir que existe una determinación causal del contexto sobre la producción científica? En todo caso, y como señala un filósofo de la ciencia tan internalista como Laudan, necesitamos mejores explicaciones de las estructuras sociales que hacen posible que la ciencia funcione racional-

mente y que crezca. Porque aunque ningún sistema social es suficiente para garantizar el progreso y la racionalidad de la ciencia, ciertas instituciones sociopolíticas permiten mejor que otras el avance de la actividad científica.

Algunos de los textos incluidos por Sánchez Ron en este libro no solamente intentan responder a estos interrogantes, sino que conectan con los debates recursivos que sobre la ciencia española se plantearon ya en el XVIII y el XIX. Pero lo hacen de forma descriptiva, sin entrar en el núcleo central del problema y aceptando como resueltos ciertos puntos que siguen en el aire. ¿Qué es una ciencia nacional? ¿qué es un científico o a quien se podía considerar científico en España? La respuesta a estas preguntas debería constituir, a mi juicio, el punto de partida para los historiadores, implicándose en formulaciones que permitan navegar entre la ingente documentación actualmente disponible. Menéndez Pelayo es, en este sentido más audaz que muchos de los actuales historiadores. Nada de criterios restrictivos propios del positivismo: en su repertorio bibliográfico de la ciencia española incluye todo tipo de saberes, algo absolutamente aceptable a pesar de la reticencias de nuestros días. Ciencia es así la exégesis de las Sagradas Escrituras, la teología, los libros místicos y ascéticos, la filosofía, las ciencias morales y políticas, ciencias de la guerra, jurisprudencia, filología y humanidades, estética, preceptiva y crítica, ciencias históricas, ciencias matemáticas puras y aplicadas (astronomía, cosmografía y geodesia), ciencias militares y, finalmente, ciencias físicas y sus aplicaciones. ¿Y por qué no? Si esas disciplinas tienen buenos fundamentos teóricos y metodológicos, si son racionales y operativas, aceptemos que son científicas y, en consecuencia, habrá que hacer otra historia de la ciencia menos baconiana que la actualmente en vigor.

Pero detengámonos un momento en lo que, a mi juicio, sigue siendo el debate fundamental de los historiadores: ¿ha habido una ciencia significativa española? Dicho de otra forma: ¿se han producido aportaciones a la ciencia occidental desde España? La respuesta, a mi parecer, no es tan compleja como con frecuencia se ha formulado: ha habido ciencia homologable hasta el siglo XVII, justo en el momento en que se produce la revolución científica inglesa y la incorporación sucesiva de otras ciencias nacionales. La decadencia de la ciencia española coincide con el auge definitivo del conocimiento científico en otras sociedades europeas. A partir de ese momento, la ciencia española se desafasa y asume las novedades con décadas de retraso y sin hacer aportaciones significativas. *Ciencia y Sociedad en España* es así la historia de la recepción tardía y llena de dificultades de las innovaciones científicas foráneas por parte de profesores y estudiosos que leen textos que traducen y glosan para nuestro uso interno. Es la historia de la incorporación atrasada a lo que se hace fuera.

Por lo demás, la lucha por la ciencia en España reviste en cierto modo las mismas características que en otros países: fe en la ciencia *versus* resistencia a la misma. Esta división entre los que ven en la ciencia una amenaza revolucionaria para el universo simbólico ajustado al orden vigente y los que, por la misma razón, desean utilizarla como instrumento de reformas y cambios, ha constituido el campo de lucha ordinario

en todos los países, haciendo de la batalla por la hegemonía científica la clave de la modernidad.

Tres etapas históricas quedan así claramente marcadas. La primera de alta creatividad, la segunda de decadencia y retraso en la incorporación de novedades, y la tercera de normalización y ajuste con la comunidad científica internacional. La producción de la historiografía española debería, marcando claramente estas tres etapas, recomponer las aportaciones realizadas por científicos españoles, su significación en la historia general de la ciencia a partir de un enfoque más internalista compatible y complementario con los estudios centrados en la temática «ciencia y sociedad». Bien sé que la historia de la ciencia no siempre ha de ser la historia de los éxitos y que ha de recoger también la historia de los fracasos y de los obstáculos poderosos que se han puesto para su desarrollo. Nadie duda a estas alturas que la disposición de Felipe II (1558) estableciendo una rígida censura sobre las obras impresas en España o importadas del extranjero o la prohibición (1559) de estudiar en universidades extranjeras, constituyeron la clave de la decadencia y el ensimismamiento posterior. El clima intelectual que ello generó lo expresa con claridad el virrey de Aragón cuando se opone (s. XVII) a la creación de la Universidad de Zaragoza «porque no conviene que los padres distraigan a sus hijos de los oficios poniéndolos a estudiar». Pero todo esto es cosa sabida y no es cuestión de seguir dándole vueltas excepto quizá para escribir ensayos sobre la historia de la cultura española, sobre su carácter permanentemente perplejo y mestizo.

Pero hay también otra forma de hacer historia de la ciencia en España. Una historia comparativa, de adelantos y retrasos, aportando cronogramas de innovaciones, detectando quién se adelantó y a quién hay que darle la prioridad, estudios sobre la producción de libros de autores españoles publicados en España y en el extranjero, su difusión y colección en bibliotecas de otros países, estudios de citas y, dada la poca tendencia a citar en el pasado, estudio interno y cuidadoso que permitan rastrear, por ejemplo, la influencia de Vives en

Bacon o en la filosofía escocesa. En otras palabras, la historia de otras ciencias nacionales y de la historia global de la ciencia occidental la han realizado historiadores que han ignorado, por falta de aportaciones españolas serias, lo aquí hecho y su influencia en el desarrollo general de las diversas ciencias. Y eso es probablemente lo que requiere máxima atención y merezca la pena ser investigado.

Las temáticas abordadas en este libro corresponde al segundo y tercer periodo antes señalados: desde el siglo XVIII al XX, es decir, el estancamiento y retraso, la actualización y la homogeneidad. Dado que el estudio actual de la historia de la ciencia en España suponen acercamientos cada vez más especializados y en periodos más cortos, los trabajos aquí incluidos constituyen una etapa en esa línea de indiscutible valor. Es una tarea que alguien tiene que hacer y que se está haciendo con brillantez y eficacia. Los avances en esta dirección seguirán progresando hasta lo exhaustivo, proponiendo temas cada vez más concretos y profundizando cada vez más en ellos.

Pero, como en la escalera de Wittgenstein, convendría abandonar esta línea una vez que se vayan alcanzando los objetivos limitados que permite. De lo contrario estaremos siempre en la narración cronológica de acontecimientos, en narraciones planas y poco audaces. En este sentido, quizá convendría abrir nuevas líneas historiográficas que recojan elementos sociológicos que actúen como hipótesis fuertes para trabajar el material empírico de procedencia histórica. Las aportaciones de T. K. Merton sobre ciencia y religión en la Inglaterra del XVII, J. Ben-David sobre ciencia, autonomía y liberalismo o los estudios sobre profesionalismo de T. Parsons podrían constituir ejemplos vivos sobre los que reflexionar. En todo caso, un mayor acercamiento y trabajo conjunto entre historiadores y sociólogos de la ciencia y la tecnología seguro que producirá en el futuro un fértil campo de trabajo común y una producción de más vuelo.

**Esteban Medina**

